

Varias veces, según me asegura, habló Dana á usted acerca de la conveniencia de apresar el vapor que hace regularmente el tráfico entre San Francisco y los puertos mexicanos; pero usted, considerando que se podía mirar esa captura como un acto pirático y hostil á la república americana, se rehusó á dar las órdenes que nuestro amigo apetecía.

A principios de este año logró usted interceptar correspondencia del enemigo, que comprobaba se tenía determinado enviar una expedición contra nosotros aprovechándose de auxilios que les traería el *Stephens*. Entonces ya no abrigó usted escrúpulo ninguno, y ordenó á Dana la captura del vapor, dándole permiso para que escogiera los pocos hombres que debían acompañarle en aquella arriesgada empresa. Yo, por orden de usted, mi general, formé parte de la expedición, que no dudo en calificar de importante y decisiva para nuestros asuntos.

Salimos de Altata y emprendiendo el camino parte por tierra, parte por agua, llegamos al Cabo San Lucas, en la Baja California. No quiero pintar á usted, mi general, las penalidades del tránsito, porque las imagina usted sin gran esfuerzo; mas no dejaré de significarle cuán desinteresada y poderosamente nos ayudaron los pueblos de todo este litoral, ya suministrándonos dinero y provisiones, ya dándonos oportunos avisos, que supimos aprovechar en varias ocasiones.

El *John L. Stephens* ancló en el Cabo San Lucas un lunes á las siete de la noche, y á las tres de la madrugada del día siguiente, llevando listos nuestros rifles Winchester y amartillados y en la mano nuestros revólvers, nos acercamos al buque, que descansaba sin temores y ajeno á cualquier golpe de mano que contra él se pudiera intentar.

Doce éramos los que nos proponíamos realizar aquel atrevimiento, y estábamos resueltos á salirnos con la nuestra ó á hacer que nuestros cuerpos tomaran el aire marino desde lo alto del palo mayor del vaporcillo.

El buque dejó caer su escala, subió á toda prisa uno de nuestros compañeros, y cuando los otros todavía no poníamos el pie en el barco, el osado había ya cogido al capitán Wakeman, y argumentando con el poderoso auxilio de una pistola de último modelo, le hizo observar que si se movía ó solicitaba auxilio lo pasaría tan mal como de seguro no lo deseaba. Cuando el capitán balbuceaba excusas, defensas, imprecaciones, ¡qué sé yo! nosotros ya estábamos á bordo, nos posesionábamos de todas las salidas y cogíamos presos con la mayor facilidad y sin recurrir á la fuerza á los pasajeros que iban para Mazatlán.

El principal de todos era Mr. Chavon, que conducía los efectos destinados al Gobierno imperial, y que sólo pudo obtener que le perdonáramos pagando un rescate. Otro mexicano traidor que venía en el barco, se libró de que le ahorcáramos entregando quinientos pesos.

Dana mostró la orden que de usted traía para capturar el vapor, proceder á su registro y llevarle hasta el puerto de la Paz. Si por acaso nos perseguía algún buque francés debíamos quemar el *Stephens*, poniéndonos en salvo como Dios nos diera á entender.

El registro nos dió muy buen resultado, pues hallamos, con el nombre de cajas de ferretería, vinos y otras cosas, los efectos siguientes, que recogimos conforme era nuestro derecho: veinticinco cajas de rifles Enfield, once cajas de monturas, veintidós de cápsulas, pólvora y otros objetos, ocho barriles más de pólvora, cuatro cajas con botas, algunas otras armas y la correspondencia y papeles imperiales que demuestran de donde proceden tales efectos.

Como la bahía de Altata no tiene el calado suficiente, nos vimos precisados á descargar todos los efectos en la Paz; fletamos la primer goleta que creímos buena para hacer el transporte y dejamos el *Stephens* custodiado por veinte hombres seguros que no permitieron la partida del vapor sino cuando habían transcurrido veinticuatro horas de la salida de nuestro barco.

Quizás extrañará usted, mi general, que en vez de traer hasta este punto al vapor americano, le hayamos permitido seguir su ruta casi sin novedad. La causa de esa aparente omisión se debe á que quisimos evitar hasta la sombra de pretexto para una disputa diplomática; á

que no podemos conservar á nuestro servicio un vapor que pronto caería en manos de la escuadra francesa, y sobre todo, á que más nos sirve el *Stephens* conduciendo carga que pague derechos en los puntos que están en poder de los agentes de nuestra causa, que sujeto á nuestras órdenes y sin poder ser mandado ni tripulado convenientemente.

Espero, mi general, que usted aprobará todo lo que hemos ejecutado con la mira exclusiva de favorecer á nuestra patria y al ejército de que formamos parte.

No tardará usted en recibir los efectos capturados, ni tardaremos nosotros en hacerle ver cómo somos de usted adictos subordinados y seguros servidores, que le respetan y están á su disposición.

*Comandante Miguel Caballero de los Olivos.*

DE MARGARITO PERALES Á MIGUEL CABALLERO  
DE LOS OLIVOS

Presirio, 1865.

Myce, rido comendante llomia legrare que; al tomar hestensus manos siayen cabal salúpues, la que nos otros josamos es guéna; garcias adios. Pues comendante; el ojecto de la presentes havizarle quiorel hotro día tuvimos un ajarroncito con los javhachos: jue eldia vieinte. Pos jefe; ni le diga qiallí se lusió el coronel garna 2; que

mató diuntiro en la chapelalma un javacho: que le dician don raimon y el donraimon le dio tamien su Metidita á Don giorge, quioresta en si la petatea o nola petatea, y ayí

*Nyce, rido comendante llama  
 legrare que; al tomar hestenas manos  
 siygen cabal salupues, la que nos otros jorantes  
 es quina; quinas adios. Pies comendante,  
 el opelo de la presente haviar el quival hoto  
 se tuamos un ajarroncito con los javachos;  
 fue el dia veinte. Los jefe: ni le diga gualte se  
 luno el coronel gama de que mató diuntiro  
 en la chapelalma un javacho; que le dician  
 don raimon, y el donraimon le dio tamien su  
 Metidita á Don giorge, quioresta en si la  
 petatea o nola petatea, y ayí entergola puercisima  
 halma el mentao maugrisio Casta  
 Neda, quera mas malo quelas 3 de latarde;  
 y perdimos altimplao juanmira Montes;  
 Y el veituno losicimos Corer astame terse en  
 el puerto fue cosegusto yevandose las pilas  
 deridos y munchisimos muertos ce los  
 yebaban encaretas. Y delos traidores  
 perDieron la bola y caci todititos co-  
 rieron Pacá, Y les cojeron los averes itodito el  
 dinero en fin: gefe ce nolos degamos guntar  
 Con losaday ce fregaron no le parese. mi  
 general estacon tento comunas mialmas  
 ilomismo su serbidor y sobor Dinao*

*Mar Jarrito perrales*

entergola puercisima halma el mentao maugrisio Casta Neda, quera mas malo quelas 3 de latarde; y perdimos altimplao juanmira Montes; Y el veituno losicimos Corer astame terse en el puerto fue cosegusto yevandose las pilas

deridos y munchisimos muertos Ce los yebaban encaretas. Y delos traidores perDieron la;bola y caci todititos corieron Pacá, Y les cojeron los averes itodito el dinero en fin: gefe ce nolos degamos guntar Con losaday ce fregaron no le parese. mi general estacon tento comunas mialmas ilomismo su serbidor y sobor Dinao

*Mar Jarrito perrales*

DE MIGUEL CABALLERO Á SU MUJER

Eugenia: tiempo había, en el que llevamos de estas bregas espantosas, de que me hubieras contestado á las preguntas que con pleno derecho te he dirigido en muchas ocasiones. Casi no pasa día sin que reciba la carta consabida, y de ellas alguna tan alarmante como la que te copio:

«Parece, señor teniente coronel (ya se sabe aquí que usted es tal teniente coronel desde su hazaña en el Stephens), parece que las cosas andan mal por el rumbo que usted sabe: el caballero está enfermo, casi valetudinario, y es un espectáculo edificante y digno de llamar la atención el de la señora conduciendo y casi llevando á cuestas á su cuyo, y según dicen, fricciónándole, atendiéndole, cuidándole y haciéndole toda suerte de arrumacos. ¡Lo que es la caridad cristiana!

»Ahora piensan salir todos para Mazatlán, dizque

para conseguir la libertad de su padre de usted. Dios remedie las horas del pobre licenciado; pero ya usted comprende que si no cuenta para salir de la cárcel con apoyo distinto del de su rival de usted, va á durar allí hasta que San Juan baje el dedo. ¡Cómo ha de ser!

»Preocúpese usted por sus cosas, mírelas con el calor que merecen y no deje á su pobre amigo la tarea de cuidarle la honra; mire que á mí me puede pasar cualquier cosa y se quedará usted sin defensa posible.

»Piense en ello con atención.

»Su amigo de siempre.»

¡Por Dios, Génie de mi alma, que me saques de penas, pues esto no puede seguir así! ¿Quién es el villano que así me atormenta? ¿Acaso le he hecho á alguien tanto mal, que tome contra mí tan cruel desquite? ¡Háblame, ilumíname, consuélame, dime algo — siquiera dime que tiene razón el miserable que ha envenenado mi vida — pues no puedo tolerar la existencia en esta situación!

Tu desgraciado

*Miguel.*

DE MIGUEL CABALLERO DE LOS OLIVOS, Á SU PADRE

Fuerte de Palos Prietos, 1866.

Mi querido padre: no se figura usted la horrible tensión de ánimo en que me encuentro, pues estando á unas

cuantas leguas de distancia de usted, de mi hijo, de mi madre y de Eugenia, de ninguno recibo noticias frescas ni antiguas.

¿Qué pasa? ¿Acaso, como dicen, está usted preso é imposibilitado de comunicarse conmigo? ¿Acaso se halla enfermo y no me puede decir palabra de sus cosas? Sé que últimamente le nombraron á usted juez de primera instancia de no sé qué distrito, que se rehusó á aceptar y que por esa razón le apresaron amenazándole con consignarle á la Corte marcial si seguía en su negativa. No me extraña, porque ese es el sistema que los franceses siguen sin falta para procurarse empleados; pero sí me extraña que la situación se prolongue indefinidamente.

¡Qué cosas habrá sufrido usted, qué vejaciones no habrá tenido que soportar, qué miserias no habrá pasado! Ya me le figuro metido en horribles y calientes mazmorras, en que ni el sol ni el aire llegan á penetrar, y sólo se escucha el ruido del agua que humedece los cimientos porosos y deleznable; ya pienso que le vigilan tenaces esbirros que le espían hasta los menores movimientos; ya me figuro verle lleno de llagas, triste, caduco y lamentoso á causa de sus dolores.

¿Es cierto esto, padre mío? ¿Le maltratan mucho? ¿Son así de crueles con quien merece todas las consideraciones por su rectitud y su bondad?

Figúrese usted todas sus penas, añádales una pesadum-

bre tres ó cuatro veces mayor y apenas así tendrá idea de las mías. Yo estoy libre y me hallo preso, gozo del sol y vivo en la obscuridad, estoy harto y me muero de hambre —de hambre de saber, de hambre de mirar, de hambre de enterarme, de hambre de conocer todo lo que me toca!

No sé cuánto tiempo hace, que un criminal, un loco, un amigo, un demonio, no sé quién, me llena de anónimos que amargan mi vida, me la entristecen y me la destrozan porque me hacen dudar. Dudo, sí, dudo de lo que yo creía la verdad más tangible, el axioma más claro, la luz más brillante, la más amplia razón de ser de mi triste vida. Dudo de la virtud de Eugenia, y con ella dudo de usted, de mi madre, de mí mismo, de Dios...

¿Por qué mil veces no me he muerto de mala muerte cuando las balas me han cercado, cuando el hambre me ha puesto instintos de fiera, cuando la sed me ha deprimido, cuando la insolación me ha hecho enloquecer y cuando la fatiga me ha idiotizado?

Dígame usted lo que sepa, todo lo que sepa, todo, por malo que sea, por doloroso que sea, por tremendo, por duro, por inmerecido que parezca. Mi espíritu vive de verdad, ama la verdad, por la verdad alienta y goza y se regenera. La desgracia tiene remedio, aunque sea el de la resignación, aunque sea el de la rebeldía; la duda no tiene más arbitrio que la cavilación, que la eterna cavi-

lación, que la misma duda: es aquel monstruo de ojos verdes que se mantiene del jugo que él mismo secreta.

¡Por usted, por mí, por mi madre, por mi hermano, por ella, por lo que más ame, sea piadoso conmigo y hableme con la verdad con que lo ha hecho siempre! Me entrego á su rectitud con el amor y la confianza con que de niño me entregaba á su mano fuerte y segura para que me condujera. ¿Qué hay; qué sabe usted; qué debo creer? ¡Por Dios que me alumbre, por Dios que me guíe, por Dios que me acompañe en ese oscuro dédalo en que no veo salida, ni hallo remedio, ni existe arreglo posible!

Su amante y afligido hijo

*Miguel.*

DE DON GERMÁN CABALLERO DE LOS OLIVOS  
Á SU HIJO MIGUEL

Mazatlán, 1866.

Mi querido hijo de mi alma: no te informaron mal, pues, en efecto, me hallo en prisión por haberme rehusado á aceptar un empleo que me daba la autoridad francesa. Si me salí de México para no vivir cerca de donde mandaban los traidores, si pude crear la resolución de que han dado muestras tú y tu hermano menor—que por cierto está bueno y obteniendo triunfos y ascensos al lado de Porfirio—¿iba á flaquear en mi vejez, cuando tú resististe

sin vacilar el tormento del destierro, y cuando Pancho ha resistido valientemente heridas, prisiones y tristezas?

A tu carta sólo te digo una cosa: ven, ven pronto, procura acercártenos, pues eso que á medias palabras me cuentas, me deja suspenso y sin saber qué responderte. Seis meses llevo de no hablar con nadie, y en ese tiempo no sé lo que haya sucedido ni lo que tengas razón para temer ó lamentar.

Contra tus lamentaciones, contra tus alarmas, contra tus reparos tengo una respuesta: acuérdate de quién es tu mujer y de quién es tu madre. Durante cuatro años hemos tenido á Eugenia con nosotros, y en ese tiempo nos ha edificado con su conducta, la más digna de una dama cristiana; y en cuanto á mi buena Lorenza, sólo debo decirte que es tu madre, y que para mí ha simbolizado siempre la cima más alta de virtud á que pueda llegar criatura humana.

Tu afligido padre,

*Germán.*

DEL ANÓNIMO Á MIGUEL CABALLERO DE LOS OLIVOS

Mi querido amigo: he tenido noticias de su excelentísima suegra, á quien usted se figura solamente cabeza loca y destornillada, pero mujer de intachable probidad. No, amigo mío, Josefina Ubiarco es una de las más desa-

foradas bribonas que existen, y nada menos ahora, en el actual momento histórico, escandaliza á la corte con sus picardías.

Y ya lo sabe usted: de casta le viene al galgo el ser rabilargo; de tal palo tal astilla, de atrás le viene al garbanzo el pico; la cabra tira al monte... y otras cosas que quiero dejar en el tintero acerca de la madre y la hija y la manta que las cobija.

*El médico de su honra.*

DE MIGUEL CABALLERO DE LOS OLIVOS Á SU MUJER

Presidio, 1866.

Eugenia: ¿te acuerdas que te he hablado de *Botas*, el asistente del general? Pues desde hace varios días me le encontraba triste, disgustado, sin fuerzas y sin brío.

— *Botas*, ¿qué tienes? le preguntaba.

— Jefe, no sé; pa mí que estoy *embujao*.

— ¿Embrujado, hombre? ¿Es posible?

— Poderoso, jefe; estoy enhechizado.

— ¿Y en qué lo conoces?

— En que me he encontrado tres veces seguidas tres piedras en la puerta de la tienda de mi general, y he visto tres veces cruces hechas con ganado.

— Esas son tonterías, hombre.

— Tal vez, amo; pero yo he perdido mi sombra.

Ayer tuve oportunidad de ver cómo le sacaron á *Botas* el enhechizo. Como la única persona que podía quitar lo embrujado era la que lo había producido, *Botas* caviló mucho tiempo sobre quién le tendría tan mala voluntad que le hubiera hecho semejante daño. Al fin descubrió quién era la hechicera y le rogó que le sacara el embrujamiento. La maldita accedió con trabajos; pero una vez decidida, en vista de la promesa que de darle cuatro pesos le hicieron los amigos de *Botas*, empezó á trabajar con fe para alejar el maleficio. Ante todo comenzó por quitar espinas al muñeco que representaba al pobre asistente; luego hizo que le compraran un alcoholado de melisa, que llaman *agua de gloria*, *agua de la reina*, ó *agua de los siete príncipes*; adquirió luego buena cantidad de *vino carlón*; y el día fijado para la ceremonia, como la dolencia principal del pobre soldado consistía en haber perdido su sombra, la bruja le hizo ponerse de pie, á la intemperie, cerca ya de las doce del día; y á la hora que el sol pasaba por el horizonte, cuando el cuerpo del enhechizado no proyectaba sombra ninguna sobre la tierra, la vieja empezó á gritar á grandes voces:

— ¡*Botas*, vuelve á tu centro!... ¡*Botas*, vuelve á tu centro!... ¡Vuelve á tu centro, *Botas*!

Aguardó un rato la bruja, y cuando el cuerpo empezó á dar sombra, gritó satisfecha:

— ¡Ya vuelve la sombra!... ¡Ya vuelve á su centro!

Y cogiendo tierra de la que primero había sido sombreada la echó en el vaso en que estaban revueltas las aguas con el carlón, le mezcló un puñado de polvo y haciendo ingerir al paciente aquel brebaje, le arropó conduciéndole á su cama, donde sudó copiosamente. *Botas* recuperó ya su centro.

¿Cuándo, Dios de Dios, lograré recuperar el mío?

Alguien me ha robado mi sombra, mi centro, mi vida, que eras tú, y en lugar de eso me ha puesto honda desconfianza, temor y pena.

Sí, Eugenia; yo que por ti me habría echado sin vacilar á un lago de pez hirviente, ahora no creo en ti, no creo, no puedo creer. Me han robado mi centro, el centro de mi existencia, el centro de mi ser.

Si todavía puedes consolarme, consuélame; pero tu silencio me ha hecho una herida tan honda que no creo logre cicatrizar con nada.

¿Qué hago, Génie de mi alma, mujer mía? ¿Cómo recuperar mi sombra?

Adiós; quizás adiós para siempre.

*Miguel.*

DE MIGUEL CABALLERO DE LOS OLIVOS Á SU PADRE

Mi querido padre: poco me falta para estar con usted; que transcurran unos cuantos días y me verá llegar hasta